

Cuando ustedes lean estos renglones será ya viernes, 29 de diciembre de 1972. Pero yo los he escrito el día 28, justo a la hora en que, durante bastantes años, tal día como éste todos cuantos disfrutábamos el privilegio de ser amigos de Pío Baroja nos llegábamos hasta su casa para felicitarle o más bien —como solían decir aquellas gentes antiguas, de las que él conservaba el lenguaje y muchas otras virtudes— para “darle los días”.

Recuerdo muy bien que en 1952, con motivo de cumplir don Pío los ochenta años, fui dos veces: primero por la mañana, a fin de pillarle solo y conseguir que me dijera algo para el periódico, y después por la tarde, como todos los otros amigos.

—¿Qué efecto le hace a usted cumplir ochenta años?—le pregunté por la mañana.

—Más bien malo. Esto de ser viejo no es divertido. Falla la memoria. Se duerme mal...

—Sin embargo, usted me dijo hace algunos años que “la vejez sin enfermedades no era mala cosa. Se está más tranquilo, se ve todo con más serenidad. La gente le hace a uno más caso y hasta se empieza a tener más dinero”, fueron sus frases.

—Es que yo entonces llamaba “vejez” a los sesenta y tantos años, a los setenta o setenta y uno. Los ochenta ya son demasiados. Y aunque no se tenga una enfermedad grave, los achaques propios de la edad se soportan cada vez peor.

Luego pedí a don Pío que me

“Pensando en Baroja”

evocara el día de su nacimiento. Cierta que nadie se acuerda del día en que nació. Pero siempre hay alguien de la familia que nos lo cuenta. A don Pío le contaron que había nacido por la mañana el día 28 de diciembre de 1872, en el seno de una familia y una sociedad tranquilas, pero en un mundo poco seguro. Don Amadeo de Saboya pensaba ya en dimitir como rey de España, donde no había disfrutado—durante los dos años que duraba ya su ingrata tarea—ni una hora de calma. Empezaba en el Norte una segunda guerra carlista, que podría durar siete años como la primera. Las consecuencias de la guerra franco-prusiana, del sitio de París, así como de la sublevación y represión sangrienta de la Comuna, pesaban aún gravemente sobre un país tan vecino de los vascos. Las gentes de San Sebastián—que fue donde nació don Pío—no atravesaban una época placida.

El calendario señalaba como fiesta del día La degollación de los Santos Inocentes. Ni entonces ni ahora ha sido nadie capaz de explicar por qué razón esa conmemoración de un hecho estremecedor por su crueldad se celebra en España y en los países que hablan su misma lengua gastando bromas.

—¿Qué le pareció a usted cuando se enteró de que había nacido precisamente el día de

ESCRIBE
Josefina
Carabias



las “inocentadas”?—seguí preguntándole.

—La única consecuencia fue que, además de Pío, que era el nombre que la familia tenía ya elegido si nacía un niño, me pusieron Inocente. Así figura en todos mis papeles.

* * *

Este año, al cabo de veinte desde aquella conversación, se ha cumplido el centenario del nacimiento del primer novelista español contemporáneo. Muchos y muy valiosos han sido los recuerdos que la intelectualidad española ha venido dedicando al hombre que, a principios de siglo, sorprendió a la crítica y a los finos paladares literarios con un estilo nuevo, que iría siendo cada vez más apreciado a medida que pasara el tiempo.

Para mí, uno de los homenajes más dignos de aprecio es el libro lujoso, bellissimo, titulado “Pensando en Baroja”, que las Industrias Gráficas Magerit, Sociedad Anónima, han tenido

el rasgo de componer como espléndida contribución al glorioso centenario.

No se trata de ningún negocio editorial. El libro no se vende. Magerit ha tirado mil ejemplares numerados para regalar a aquellas personas que, por su cariño y admiración hacia don Pío, lo guardarán como oro en paño.

Aparte del texto, debido a la pluma ágil y al talento de Marino Gómez Santos, el biógrafo más joven de don Pío—que le sirvió un tiempo benévolutamente de mecanógrafo sólo por el gusto de pasar grandes ratos a su lado—, el libro contiene un verdadero tesoro hasta ahora inédito. Son las cartas que Baroja escribió a su amigo el doctor Marañón. La primera está fechada en 1931. La última sólo dice 19 de octubre. Pero la letra, ya deformada por los años y el reuma, indica que iban transcurridos lo menos veinte años.

Hay una muy breve, muy barojiana. Se oye la voz y se siente la quejumbre de la vejez de don Pío al leerla:

“Querido don Gregorio: Ayer domingo tuve la fantasía de dar un paseo largo y volví a casa más acatarrado de lo que estaba.

No iré mañana a su casa a comer, porque no me parece muy versallesco ir a estornudar en el plato.

Muchas gracias por el convite y hasta otra.
Con el afecto de
Pío Baroja.”

Marino Gómez Santos, biógrafo también de Marañón, ha conseguido de la generosidad de la familia que esa correspondencia sea publicada por vez primera, en fotocopia de los originales.

También contiene el libro algunas cartas de Baroja a Azorín, una colección de grabados realmente esplendorosa y un itinerario de la vida de Baroja, año por año, matizado con frases de sus “Memorias” relativas a cada acontecimiento.

Por último, una bibliografía completa de la obra barojiana, con el año en que se publicó cada título y las características de la primera edición.

La bibliografía se complementa con una lista de las traducciones de las obras de Baroja a lenguas extranjeras. Allí vemos que, a partir de 1917, se publicaron veintiuna novelas de Baroja en inglés, veintidós en francés; a partir de 1913, diez en alemán, seis en ruso (tres de ellas antes de la revolución y tres después), tres en holandés, dos en polaco, una en checo, otra en yugoslavo, dos en noruego, tres en sueco, tres en portugués y una en japonés.

Como es evidente que Baroja es uno de los escritores que están en alza—mejor dicho, que suben en flecha—, es de suponer que cuando se celebre, en el año 2056, el centenario de su muerte esa lista sea aún más larga. Quien viva lo verá.

“YA” 29 Dic. 1972